

Historia, sociedad y folklore en el tema de la gallina y sus creencias

ERIC R. NUÑEZ LIRA

Introducción

La gallina es una cuestión nacional; todavía se mantiene en la sociedad venezolana una escisión favorable a lo autóctono, al menos en este tema; no es lo mismo gallinita criolla que gallina importada, o producida industrialmente. Lo mismo pasa con los huevos; huevo importado, o producido industrialmente, es sinónimo de insipidez, de palidez en la yema, se consume porque en el medio urbano no hay otra alternativa; en cambio, los huevos criollos son los de buen sabor, colores vivos en la yema y mejor gusto. Un restaurant rústico de los llamados “criollos” si tienen en oferta de desayuno “perico” preparados con huevos del propio corral, seguramente se llena, sin necesidad de pagar aviso en la prensa, o en los medios audiovisuales. Ese comedero respondería a esquemas sociales profundos, sembrados raigalmente en la subjetividad nacional, de modo que no requeriría apelar a la publicidad. En ese sentido, la gallina resulta paradójica en un país donde todas las cosas son aprobadas como magníficas, si son importadas, y despreciables si son producidas, elaboradas o creadas aquí; es interesante ver como el canto de gallos y el cloqueo de gallinas emiten ruidos desde un inconsciente cultural que nunca pudo ser avasallado desde la modernidad triunfante.

Es gran mérito del Dr. Acosta Saignes, haber abordado este asunto con un enfoque de historia, vida y creencias, tan característico de una considerable porción de su obra. Investigador capaz de mirar por detrás de los objetos, entendió que la comprensión de los procesos transculturadores requieren imbuirse en el pasado, observar el despliegue de los actores en su realidad cotidiana y leer el corpus de representaciones y discursos con que justificamos la acción social continua que a diario motorizamos.

Acosta nos muestra la gallina española desembarcando por Cubagua, sin embargo, al poco tiempo ya se hablaba de “gallinas de indios” con toda la

carga especificativa posible; luego delimita unas gallinas de terribles brujos, ponedoras de huevos con poderes extraordinarios, es decir, el explayamiento histórico, étnico y cultural de las aves de corral, describe en verdad el trayecto constitutivo de un pueblo.

Finalmente, tratándose ésta de una reunión fomentada por un grupo de investigación que hace abordaje sobre la temática afroamericana, me pareció importante poner de relieve una relación penumbrosa: aquella que vinculó a Fernando Ortiz y Fernández con Miguel Acosta Saignes. Sólo hablaré en este pórtico, sobre el solemne afecto que le profesaba Acosta al pensador cubano; siempre que iba a La Habana pasaba a conversa con Ortiz; a finales de los años 60 los diálogos eran muy breves, dependían de los momentos de lucidez de Don Fernando. En 1969 (creo que en abril) volvió el Dr. Acosta a La Habana y por supuesto, pasó por la casona de la calle L, lo recibió en la puerta una enfermera, le dijo que sólo podía acercarse hasta la puerta de la habitación; no lo hizo, comprendió que era el fin del gran maestro, dio media vuelta y se retiró cabizbajo; cuando volvió en agosto del mismo año pasó a la casa de Ortiz y estaban haciendo la mudanza de su monumental biblioteca para la Academia de Ciencias de Cuba; hacía dos meses que el pueblo cubano había enterrado al sabio. Estas cosas me las contaba el Dr. Acosta también en sus momentos finales de lucidez.

Es interesante seguir, en el Dr. Acosta, el proceso histórico de circulación de la gallina en el nuevo mundo. A partir de la famosa expedición de Nicolás Federmann, quien partiendo de Coro a mediados de septiembre de 1530 se interna hacia territorios, hoy día, ubicados al sur de El Baúl, donde llegó a un poblado indígena denominado Itabana, aproximadamente a finales de enero de 1531.

El Dr. Acosta plantea una discusión con Erland Nordenskiöld¹ para quien la distribución de la gallina en Sudamérica ocurrió primero en las desembocaduras del río Amazonas, donde comerciarían europeos e indígenas, y desde allí, por continuas operaciones de intercambio entre los indígenas, la conocida ave de corral, alcanzaría el corazón del continente. Nordenskiöld presumió que Federmann había alcanzado las orillas del Orinoco donde, además, suponía se encontraba Itabana, el poblado indígena en el que éste refiere... “oímos cacarear un gallo y algunas gallinas, lo que no había sucedido desde que dejamos a Coro porque no las tienen los indios”...², dando como viable los canjes sucesivos desde el Amazonas hasta la cuenca del Orinoco.

¹ Miguel Acosta Saignes: *La cerámica de la luna y otros estudios folklóricos*. Monte Ávila Editores. Caracas 1990. “Introducción al estudio de la gallina en el folklore de Venezuela”. pp. 154-176; Erland Nordenskiöld: *Comparative ethnographical studies* 5 y 8 Goteberg, 1922.

² Ob. cit.

El planteamiento del Dr. Acosta se apoya en argumentaciones de Pedro Manuel Arcaya³ que podemos resumir en dos cuestiones: a) Federmann no llegó al Orinoco sino hasta el río Portuguesa. b) Diego de Ordaz no fue el primero en navegar el Orinoco. El primer argumento le sirve para poner en duda la aseveración de Nordenskiöld como la única ruta de la gallina en Sudamérica, pues, la distancia hasta el Orinoco, aunque extraordinaria, conservaba un dejo de plausibilidad por las comunicaciones de estas vías de agua; pero, hasta el río Portuguesa ese palmo de credibilidad se desvanecía.

El segundo argumento, le sirve para plantear otra ruta, junto a la anterior; siempre apoyándose en Arcaya recoge el planteamiento de que las gallinas de Itabana escuchadas por Federmann cacareaban en enero de 1531 y la expedición de Ordaz por el Orinoco se realizó en 1532; sin embargo, el itinerario de Ordaz es el más plausible para entender la presencia de gallos y gallinas en Itabana.

El razonamiento de Acosta Saignes se orienta en el sentido de demostrar la presencia de navegantes anteriores por el gran río y esto lo orienta hacia Cubagua, Margarita y Costa Firme. En efecto, Cubagua, poblada desde 1500 por sus celebres placeres perliíferos, sirvió: “como base de aprovisionamiento para cuantos intentaron la aventura por el Orinoco y de la penetración hacia otras regiones, desde el litoral de oriente”⁴ Así, antes de 1530 muchos grupos indígenas habían tenido contacto y conflictos con los conquistadores y misioneros; huyendo de los europeos cuyas entradas podían culminar en esclavitud, para la explotación de los placeres de Cubagua, se internaban más y más hasta llegar a las costas del Padre de las aguas.

Apoyándose en Fernando de Oviedo⁵ señala que las gallinas llegaban a Cubagua y Margarita transportadas desde La Española, de modo que Costa Firme era la penúltima estación de estas peculiares colonizadoras aladas. En estas circunstancias entrarían a escena los Arawacos experimentados comerciantes que acudían anualmente a Margarita en actividades mercantiles; los Arawacos serían uno de los grandes vectores de la gallina en el norte de Sudamérica. Habría, entonces, al menos, dos vías de circulación en el ingreso de las gallinas: la desembocadura del Amazonas (tesis de Nordenskiöld) y la costa norte de Venezuela donde llegarían vía Cubagua, se internarían en el territorio avanzando con los canjes indígenas o navegarían por el Orinoco en canoas de Arawacos, o con navegantes aventureros fugados de Cubagua (tesis de Acosta Saignes).

³ *Ob. cit.*

⁴ *Ob.cit.*

⁵ *Ibidem.*

Un hecho cierto es la velocidad con que se verificó la peregrinación de las gallinas; mucho más rápido que la penetración y conquista de los europeos. Al ser estas aves unas verdaderas adelantadas, su sola presencia anunciaba la nueva y presagiente situación de unos seres humanos radicalmente diferentes que tarde o temprano estarían frente a ellos; y desde el punto de vista de conquistadores, misioneros, corsarios y aventureros la sorpresa sería mayor al conseguirse ante extraños pero con el canto de los gallos y el familiar cacareo gallináceo.

Si veloz fue su difusión, de igual modo ocurrió con su adaptación; las relaciones de los cronistas recogen la imagen de los conucos con siembras de yuca, batatas, auyama, maíz y pequeños corrales con puercos y gallinas. Todo este cuadro vigilado por los perros. Acosta Saignes nos previene contra cualquier interpretación funcional-pragmática de la inserción de estas aves del corral en la vida indígena y en el mundo de los esclavos. Posteriormente la consideró, fundamentalmente, como una fuente alimenticia. Desde un principio, se convirtieron en motivo de curiosidad e impregnó sentimientos colectivos vinculados a premoniciones y demás comportamientos trascendentales, de los cuales, ya de antaño participaban aves voladoras vernáculas; en ese panteón alado arraigó la gallina quien, además, se mezcló en la cotidianidad del bohío, conuco y corral.

Desde muy temprano se amalgamó la convivencia de gallinas con los humanos y otros animales domésticos, por eso el Dr. Acosta trae desde las memorias de José Antonio Páez una estampa que posteriormente la encontraremos en costumbristas, folkloristas y etnólogos, en el caribe durante el siglo XIX, y en este siglo moribundo, Páez pincela la morada del llanero así: “El gallo, que dormía en la misma habitación con toda su alada familia, le servía de reloj, y el perro de centinela. A las tres de la mañana se levantaba, cuando aún no había concluido la tormenta, y salía a ensillar su caballo, que había pasado la noche anterior atado a una macolla de yerba, en las inmediaciones de la casa...”⁶

Varios grupos indígenas casi no consumían gallinas o huevos; eran, más bien, animales de compañía; Acosta señala el caso de los Wayúu, quienes consumían gallinas y huevos sólo en fechas excepcionales y extiende esta observación a campesinos venezolanos de diversas regiones cuyo consumo de las voladoras es esporádico, más bien las intercambiaban y venden los huevos.

El campesino, heredero de los tres troncos sociales originarios, consume gallina por celebración o por necesidad de recuperar la salud; en esas situaciones se “mata gallina” o se hace sancocho. El Dr. Acosta nos enumera las

⁶ *Ibidem*.

situaciones reconfortantes del caldo de gallina: parto, convalecencia de grave enfermedad, alimento sustitutivo de alimentos comunes. Además, sus plumas han servido como ornamento, instrumentos curativos por ejemplo para poner puntos de yodo y fueron los primeros hisopos cuando no se habían juntado la industria del algodón con la del plástico.

La gallina incentiva las relaciones sociales; su uso plural, adaptabilidad, resistencia a condiciones difíciles, fácil manutención, cómodo transporte, espacio vital reducido y su carácter de animal manso, la convierte en fiel acompañante del campesino y su familia; él la incorpora al mundo de las preocupaciones cotidianas, del espectro de creencias, de las distracciones adultas y las diversiones infantiles.

Llegó a internarse tan profundamente en el imaginario colectivo que se convirtió en unpreciado bien de intercambio; en regalos cargados de todo el simbolismo encerrado dentro de las interrelaciones grupales y familiares cuyas ceremonias practican el dar y recibir comprometido; es decir, la permutación de dones, en el sentido señalado por Marcel Mauss⁷, sólo que el Dr. Acosta lo asume desde la obra de Alfred Metraux⁸.

Gallos y gallinas compañeros constantes en la vida cotidiana, terminan identificándose con los seres humanos, su domesticidad propicia el metamorfoseo de comportamientos humanos. Así sucede con lo masculino y lo femenino; el gallo es bravo, la gallina sumisa; el gallo manda sexualmente, la gallina es pasiva; el gallo engendra, la gallina es ponedora, en fin, lo demás lo contiene el repleto refranero popular venezolano donde a estas aves de corral les son endosadas comportamientos culturales tradicionales que no vamos a repetir aquí; lo dejamos a la evocación subjetiva de cada quien. Lo importante es que el refranero recoge en esta ave las transferencias de personalidad básica en las relaciones conyugales, el amor, las desigualdades sociales, misterios naturales y muchos más comportamientos sociales.

El Dr. Acosta, singularmente, se detiene en las creencias populares, terreno privilegiado para observar los procesos culturales constituyentes de nuestro pueblo. En las creencias sobre aves señala sus procedencias de los tres grandes vectores originarios que confluyen hacia la conformación de lo raigalmente venezolano. Comienza por las aves y pájaros silvestres como portadoras de augurios benéficos o maléficos; así, en los cantos tristes de una paloma, de la pavita y la piscua se anuncian serios infortunios, otras veces son la forma de vuelo, como en el caso del zamuro, las que anticipan calamidades, o el chillido de la lechuza presagio seguro de fatalidades; en cambio, el canto del tucusito

⁷ *Ibidem*.

⁸ Miguel Acosta Saignes: *La cerámica de la luna y otros estudios folklóricos...* Ob. cit. *América Indígena*, VIII, (7-44) México.

traería buenas nuevas sobre sucesos felices. Desde luego, estas lecturas estarían más extendidas en unas regiones, con relación a otras; incluso podrían variar su significado venturoso o desdichado de un lugar a otro. Las aves domésticas también son portadoras de mensajes, el género gallináceo marca su impronta en arraigadas creencias. Si un gallo cloquea como gallina que llama pollitos vienen desgracias; cuando las gallinas empiezan a cantar como si fueran gallos, recordemos a Guzmán Blanco, es hora de alejarse del sitio porque se acercan acontecimientos negativos; cuando un gallo en lugar de cantar “llora” es que está viendo cosas “malas”; luego están los cantos vinculados a horarios, si un gallo canta tres veces a las 7 de la noche y no recibe respuesta de un colega es mal augurio; es mejor siempre el canto del gallo para comenzar actividades, irse a la faena, viajar, etc. No se le escapa al Dr. Acosta la significativa presencia de huevos, gallos y gallinas en los rituales de las regiones afrocaribeñas y en las festividades de San Juan, el 24 de junio; particular significación han tenido las gallinas negras y los huevos de gallinas negras puestos en ciertos días de la semana; hay ensalmes que requieren lanzar huevos de este tipo de gallinas. De igual modo, la medicina popular es indesligable de ungüentos y “untos” de gallina, polvos del pescuezo del gallo, claras de huevo batidas, consumo de huevos crudos y el caldo de gallina sirven para curar o recuperar de los más diversos males y enfermedades.

Gallos y gallinas hacen parte de las distracciones de adultos con los cuentos del gallo pelón, los cuales, a su vez, dieron nombre a una reconocida publicación humorística nacional, los pasatiempos infantiles formados por protodanzas y saltos como aquel del “... el gallo, el gallo, la gallina y el caballo...”, o aquel en que un niño se desplaza entre varios compañeros cantando “...la gallina, la jabada puso un huevo en la quebrada, puso uno, puso dos... hasta ocho” y remata cantando “mete niño tu bizcocho hasta la mañana a las ocho” y le daba un pisotón al que no escondía el pie a tiempo.

Recordemos igualmente las canciones infantiles danzadas como aquella de “... cinco pollitos tiene mi tía...”, o, la famosa rueda, también danzada “... los pollos de mi cazuela no sirven para comer, sirven para la viudita que los sabe componer...”.

No deja fuera el Dr. Acosta el lenguaje popular venezolano tan cargado de frases, dichos, refranes y sentencias donde los personajes del corral están siempre presentes, subrayemos sólo a modo de ejemplo: “como cucaracha en baile de gallina”, “como gallina que mira sal”, “grano a grano llena la gallinita el buche”, “más claro no canta un gallo”, “gallo viejo canta a la una”, y todos aquellos que ustedes quieran incorporar.

Tampoco dejó fuera de análisis, el vocerío y los cantares densamente reiterados por los dueños del solar, como las coplas que refieren al gallo y su gallinero, los galerones de pollitos, los aguinaldos a cantares de gallo por la madrugada y los golpes de tambor como aquel que dice "...la gallina blanca y la colorá vieron al cometa por la madrugá...".

La gallina se incorporó pronto al nuevo hábitat, su veloz proceso transculturativo abre varias presunciones; por ejemplo: ¿Cómo afectó su inserción el intercambio prehispánico practicado a largas distancias, por muchos pueblos indígenas?; o esta otra, ¿ayudó a sedentarizar a pueblos cazadores tomando en cuenta su fácil integración al circuito batatas- yuca- maíz- gallinas?

Hay un trabajo etnográfico del Dr. Acosta donde él apela a su amigo e informante Castro Burguillos, cestero del El Cristo población de El Guapo en Barlovento. El viejo Burguillos, uno de los últimos cesteros de la región, por allá en 1957, accedió a mostrarle (al Dr. Acosta) todos los pasos y procedimientos a seguir en el tejido de un canasto, lo cual, dio lugar al ensayo "Cómo se hace un canasto"⁹.

Siendo un trabajo etnográfico, busca ser lo más descriptivo posible a través de texto y la fotografía, indicándonos las fases sucesivas hasta el logro final de la cesta; sin embargo, hay tres documentos fotográficos que nos muestra usos distintos de los canastos y mazorcas de maíz; la segunda nos enseña canastos, niños y taparas para transportar agua y la tercera nos muestra una pared de bahareque como telón de fondo, un canasto supuestamente con maíz y un gallo, una gallina con los cuellos sobre la orilla del envase. Toda esta constelación, haciendo parte de la morada de Castro Burguillos.

En, "Vida de los esclavos negros en las minas de Cocorote, durante el siglo XVII"¹⁰, en la descripción de las edificaciones de la mina, encontramos que además de la enfermería, despensa, graneros para el maíz, curtiembre, casa de aperos e instrumentos, "...existían, además, corrales..."¹¹, seguramente para marranos y gallinas.

En el mismo trabajo sobre las minas aparecen las profesiones de indígenas y de descendientes de africanos, dentro de las cuales destacan: carboneros, carpinteros, carreteros, curtidores, fundidores y hasta sacristanes. Los esclavos vivían en barracones, unos, y en casas de bahareque y palma, otros; los caquetíos provenientes de la región de Coro, venían contratados por temporadas, debían llegar a caneyes más colectivos de muchos chinchorros, en algunos

⁹ Miguel Acosta Saignes: *Cuadernos afroamericanos*, N° 1. AÑO 1, Instituto de Antropología e Historia. F.A.H.E. - U.C.V. Caracas, 1975, pp. 145-150.

¹⁰ Miguel Acosta Saignes: *Vida de los Esclavos Negros en Venezuela*. Editorial Hespérides. Caracas. Año 1967, cap. VIII. "Vida de esclavos negros en las minas de Cocorote durante el siglo XVII".

¹¹ *Ob.cit.*

casos sobre todo los que vivían con pareja y niños, debieron poseer corrales y gallineros; sin embargo, el Dr. Acosta insiste en una tesis sostenida en trabajos muy anteriores a *Vida de los esclavos en Venezuela*¹², cual es, que las gallinas se consumían sólo excepcionalmente en la alimentación de los enfermos, es más, no se consumían la de los propios gallineros, sino que se adquirían “... cuatro gallinas que se han comprado para Miguelito, arriero, el cual trajeron descalabrado del puerto donde se ponen las barras de cobre”, y “...cuatro reales que costaron dos gallinas para Domingo Bufón, el cual se pasmó en el horno de la fundición del metal...”¹³. Su pretensión es notoria; mostrar, como un comportamiento extendido del pueblo venezolano, las creencias en los efectos tonificantes y terapéuticos del caldo y la carne de gallina, sería algo que remite a raíces profundas en la formación de este pueblo, al tiempo en que indígenas, descendientes de africanos y españoles habían iniciado un intenso proceso de mestizaje e intercambios culturales. Por otro lado, la permanencia de las gallinas en los corrales particulares o en las chozas familiares le permite insistir en el valor simbólico de las ponedoras, para indígenas y esclavos. De estas singulares acompañantes, a lo sumo, se consumían o intercambiaban los huevos. Sólo en circunstancias muy especiales se “mataba gallina” y se congregaba un sancocho.

Por cierto, el Dr. Acosta, etnógrafo de fino olfato no se le escapaba que abreviar caldo de gallina siempre iba acompañado de medidas protectoras; al consumir el caldo caliente había que acostarse y abrigarse bien para que surtiera efecto; por eso a un hombre de etnia Yoloff, esclavo, cargado de años se le dispensa una manta: “... se dio una al capitán Blas Jolofo por ser viejo y tener mucha necesidad de ella para abrigarse...”¹⁴

Aún cuando el romanticismo está muy amainado por el rigor ideológico y científico, simultáneamente, y como él los entendía, si volvemos la mirada hacia el viejo Blas Jolofo arrumado en un rincón sobre su colchón de cuero de res y abrigado tras una manta mientras sopla la ventisca en la madrugada sobre la selva de Aroa, entonces, se siente la sombra intelectual de Don Fernando Ortiz, al evocar la figura del guardiero, a las puertas del ingenio; se trata del viejo negro solitario que pasa sus últimos días rodeado de animales domésticos, sus únicos acompañantes, con los cuales, construye onomatopeyas, habla, silba, entre rebuznos, ladridos, aullidos y cacareos; buscando conjurar el cerco que le tendía la soledad.

El Dr. Acosta comparte con Don Fernando análogo interés por el costumbrismo del siglo XIX; lo entienden como antecedente inmediato de

¹² *Ibidem.*

¹³ *Ibidem.*

¹⁴ *Ibidem.*

los estudios folclóricos, o de culturas tradicionales y populares. Uno de los escritores costumbristas que más interés despierta en Acosta es Nicanor Bolet Peraza; de sus páginas emergen definidos tipos culturales como el huevero del mercado de Caracas¹⁵. El huevero fue un personaje, por lo general, descendiente de indígenas o de esclavos provenientes de zonas campesinas aledañas a Caracas como Baruta, El Valle, Chacao; que irrumpía con su pregón en las mañanas de mercado, primero en la plaza de Catedral y después en San Jacinto; vestía de pantalón arremangado, camisa de lienzo rústico amarrada con cordón o trenza, sombrero de cogollo, alpargatas y un inmenso canasto lleno de huevos al que la gente se acercaba a comprarle sus productos, digamos, normales, pero al que también se le acercaban a solicitarle huevos, digamos, extraordinarios, huevos de gallina negra.

El Dr. Acosta fue un perseverante estudioso de la vivienda popular venezolana, buscó entender las características de la vivienda tradicional a partir del patrón organizativo de la familia campesina, como familia extendida¹⁶. Cuando la vivienda moderna ingresa al medio rural apoyada en políticas de salud pública, al poco tiempo, empezaron a manifestarse híbridos residenciales, por ejemplo, a las casitas de Malariología le surgían en su parte posterior ampliaciones, fundamentadas en las edificaciones tradicionales con techos de palma, que responden a necesidades muy restringidas en la casa moderna, como extensión de la cocina, fregadero, etc. También responden a la necesidad, de darles protección a los animales domésticos que ahora no pueden transitar libremente como lo hacían en la casa tradicional; además, se trata de animales importantes en la vida del campesino, son los marranos y gallinas sobre los que funda su microeconomía, de una gran familia, la familia extendida.

Cuando se construyeron los primeros grandes superbloques en la zona de Catia (Urdaneta y los Magallanes), y se adjudicaron apartamentos a numerosas familias provenientes de múltiples regiones del interior del país, al poco tiempo las trabajadoras sociales del Banco Obrero comenzaron a reportar que muchas familias albergan gallinas en los closets de sus modernas viviendas. A esto se le dio, en el organismo nacional de la vivienda, variadas interpretaciones; sin embargo, se pasó por alto que se trataba de un traslado de la microeconomía del campo a la ciudad: las gallinas, metafóricamente, eran unas libretas de ahorro que los campesinos habían traído al gran super-

¹⁵ Miguel Acosta Saignes: *Archivos venezolanos del folklore*, N° 8 (director) cap. I. "Los precursores. El mercado. Cuadros caraqueños. Nicanor Bolet Pérez". Ediciones del Instituto de Antropología e Historia. F.A.H.E.-U.C.V. Caracas. 1967.

¹⁶ Miguel Acosta Saignes. "Sociología: Observaciones sobre la familia extendida en Venezuela". En: *Estudios en antropología, sociología, historia y folklore*. Ediciones de la Academia Nacional de la Historia. Colección estudios monografías y ensayos. Caracas. 1980.

bloque. Oigamos al Dr. Acosta sobre este asunto: “En la microeconomía del campesino (...) la posesión de algunas gallinas o puercos significa no sólo una entrada suplementaria, sino que equivale a lo que en la ciudad representa el ahorro. En las ocasiones de enfermedad u otras necesidades perentorias, se venden apresuradamente los animales domésticos. Ellos significan, por consiguiente, un elemento económico”.¹⁷

La vinculación con Fernando Ortiz

En 1975, desde el Instituto de Antropología e Historia, el Dr. Acosta impulsa los *Cuadernos Afroamericanos*¹⁸, revista de investigaciones sobre temas afroamericanos que entre sus motivaciones señalaba la de: “editar una revista que sea en cierto modo la continuación de ‘Afroamérica’, que vivió sólo dos años, 1945 y 1946 en México, bajo la dirección de su fundador Jorge Vivó, fue expresión del Instituto Internacional de Estudios Afroamericanos, infortunadamente desaparecido, y de esa revista no aparecieron sino dos volúmenes”¹⁹.

Luego en el mismo prólogo del cuaderno, salta por encima de tres décadas buscando suturar un nexo entre la vieja revista de México y el cuaderno de Caracas: “... Durante los treinta años transcurridos entre ‘Afroamérica’ y ‘Cuadernos afroamericanos’ se han escrito numerosas obras sobre aspectos diversos del afroamericanismo...”²⁰. Un párrafo más abajo insiste, como para que no quede ninguna duda, de su motivación central y de sus perspectivas: “...Dificultades especialmente económicas han impedido que el esfuerzo de ‘Afroamérica’ fuera continuado. Aspiramos a proseguirlo, después del largo interregno de tres décadas para lo cual invitamos a los especialistas de todas partes a colaborar en una labor que no podría ser la del corto número de interesados que investiga en Venezuela”²¹. Finalmente rinde homenaje a los estudiosos del tema, desaparecidos en este periplo de tiempo y convoca a los sobrevivientes a cerrar filas en el nuevo órgano: “Durante los treinta años transcurridos desde la aparición de ‘Afroamérica’ han desaparecido muchos de los grandes investigadores del campo afroamericanista que contribuyeron a fundarla: Fernando Ortiz, Rafael Heliodoro Valle, Remy Bastien, Alfred Metraux y muchos otros. ‘Cuadernos Afroamericanos’ aspira a continuar su obra e invitamos a todos los que fueron miembros y colaboradores del Instituto Internacional de Estudios Afroamericanos a concurrir a nuestras páginas”²².

¹⁷ *Ibidem*

¹⁸ Miguel Acosta Saignes. *Cuadernos afroamericanos...* prólogo”, N° 1, Año 1.

¹⁹ *Ibidem*

²⁰ *Ibidem*.

²¹ *Ibidem*.

²² *Ibidem*.

Hemos citado, en extenso, párrafos de este prólogo con la intención de mostrar en el pensamiento del Dr. Acosta una influencia poco reconocida, más bien desapercibida; me refiero, por supuesto, a la inmensa sombra intelectual de Don Fernando Ortiz.

Ciertamente, esos vínculos se trazaron con las visitas de Ortiz a México a principios de la década del cuarenta cuando el sabio cubano consideraba que en medios oficiales y académicos mexicanos encontraría apoyo para la creación del Instituto Internacional de Estudios Afroamericanos; la revista *Afroamérica* era el órgano del Instituto y Jorge Vivó era discípulo directo de Don Fernando; mientras existió esta experiencia, el Dr. Acosta estuvo relacionado con la revista y el instituto; siempre lamentó aún en años postreros la desaparición de esta iniciativa, por eso en 1975, treinta años después, pretende colmar este vacío, concibiendo a *Cuadernos Afroamericanos* como heredero y continuador de *Afroamerica*, ese prólogo rinde homenaje a los intelectuales afroamericanos fallecidos; el primero entre todos a Don Fernando, y llama a todos aquellos que colaboraron con el Instituto o con la revista a volcarse sobre los *Cuadernos* como el nuevo lugar de discusión, dialogo y divulgación sobre el tema. Desgraciadamente, la vida de los *Cuadernos* fue más efímera que la de la revista mexicana, sólo circuló un número.

El vínculo orticiano del Dr. Acosta se estrechó cuando en febrero de 1948, Don Fernando vino a Caracas invitado para los actos de la toma de posesión del presidente Rómulo Gallegos. Estuvo en la Academia Nacional de la Historia, en reuniones intelectuales y por supuesto en el gran festival folclórico celebrado en el Nuevo Circo de Caracas durante cinco noches bajo el título de *Fiesta de la Tradición. Cantos y danzas de Venezuela* (1948)²³. En el Hotel Ambassador donde estuvo hospedado, dio ruedas de prensa, se reunió con folcloristas y escritores, como obstinado etnógrafo se trasladó hasta donde estaban residenciados los cultores y dedicó tiempo a observar los ensayos, a preguntar mil y un detalles. Le tocó el discurso de orden en la Academia representando a los intelectuales extranjeros presentes en Caracas; era la noche del 19 de febrero de 1948, allí soltó frases como éstas: "...si mis párrafos os saben a picor de diablura, pensad que brotan del entusiasmo folclórico de un antillano que ha subido de las playas de Martí a las cumbres de Bolívar a echar con su voz un canto de cadencias cubanas en la rítmica historia de Venezuela. Perdonadme, porque después de todo también los diablos tienen su papel hasta en las solemnidades del Corpus Christi"²⁴.

²³ *Ibidem*.

²⁴ Juan Liscano y otros. *Fiesta de la tradición: Cantos y danzas de Venezuela*. 1948. Edición conmemorativa 50 aniversario. FUNDEF. Caracas. 1998.

Varias veces conversaron durante estos días Don Fernando y el Dr. Acosta. La primera vez le refirió las dificultades económicas que clausuraron *Afroamérica* y el poco apoyo recibido por el Instituto de Estudios Afroamericanos, además, le habló de todos los planes que tenía con la Asociación Nacional de Folklore Cubano que había fundado y para ese entonces, presidía; la segunda, le habló de sus impresiones sobre el concepto de transculturación contenido en el *Contrapunteo...*²⁵; sobre la importancia de ese concepto para analizar la realidad venezolana; sobre las analogías de los ñañigos cubanos y los diablos danzantes venezolanos, entre muchos otros temas. Tenía el Dr. Acosta Saignes cuarenta años y Don Fernando había franqueado los 67 años de edad.

Más tarde, a mediados de la década del 50, la Facultad de Humanidades y Educación organizó un ciclo de conferencias sobre la formación del pueblo venezolano, la conferencia del Dr. Acosta versó sobre “los elementos indígenas y africanos en la formación de la cultura venezolana”²⁶; al tratar allí de los aportes dados a la cultura venezolana por los pueblos subsaharianos, señaló nuestro castellano pregnado de indigenismos y arabismos, así como de africanismos traídos por los esclavos. Cuatro son las fuentes de apoyo buscadas para sostener esos argumentos: La obra del brasileño Renato Mendoza, del dominicano Pedro Henríquez Ureña, del venezolano Lisandro Alvarado y el glosario de afronegrismos²⁷ de Fernando Ortiz. Cuando aborda las expresiones culturales teñidas con una marcada influencia africana vuelve a fundamentarse en Ortiz para discernir rasgos y manifestaciones, apela entonces, a *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba*²⁸, obra de madurez del gran maestro cubano; idéntico asunto podemos referir sobre “Las cofradías coloniales y el folklore”²⁹, tema abordado a mediados del 50, junto con el área cultural de Barlovento y gentilicios africanos en Venezuela, todos ellos, reelaborados años más tarde en la tesis doctoral; en ésta las cofradías se refunden como “festejos y cofradías”³⁰; al lector de Acosta que, además, conozca la obra de Ortiz, le debe resultar imposible no evocar “La fiesta afrocubana del día de los Reyes”, o, “Los cabildos afrocubanos”³¹; obviamente, no por seguimiento de contenidos, sino por familiaridad de enfoques.

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ Fernando Ortiz. *Contrapunteo del Azúcar y el Tabaco*. Editorial Biblioteca Ayacucho. Caracas.

²⁷ Miguel Acosta Saignes. “Elementos indígenas y africanos en la formación de la cultura venezolana”. En: *Estudios en Antropología, Sociología, Historia y Folklore*. ...pp.251-281.

²⁸ Fernando Ortiz. *Glosario de Afroamericanismos*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana. Cuba.

²⁹ Fernando Ortiz. *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana. Cuba.

³⁰ Miguel Acosta Saignes. *La cerámica de la luna y otros estudios folklóricos*. p.p. 54-72.

³¹ Miguel Acosta Saignes. *Vida de los Esclavos Negros en Venezuela*. pp. 201-213.

La estructura de la tesis doctoral, *Vida de los esclavos negros...* presenta igualmente homologías de diseños con los *Negros Esclavos*, obra orticiana que se remonta a una fecha temprana como 1916. En ambas obras encontramos un enfoque histórico de la trata negrera que sirve de soporte a un análisis minucioso de los modos de vida predominantes a que se vieron sometidos los descendientes africanos esclavizados en estas tierras; finalmente contienen apéndices donde refieren códigos, reglamentos, reales cédulas y demás documentos con que la corona abordó normativamente la esclavitud; el resultado es contrastante, diríamos, abismal, al cotejarlos con la historia de la trata y vida de los esclavos. Obviamente, cada autor, en su momento y en su terreno, se propuso mostrar este hiato gnoseológico, pues historia y vida se sobrepusieron abrumadoramente a las normativas y, por tanto, fueron las primeras determinantes en la conformación cultural de pueblos caribeños como los nuestros.

Lejos de mi pensamiento está presentar al Dr. Acosta como unilateralmente abrevando en fuentes orticianas, eso sería injusto con un pensador que lidió fuerte con el tema indígena, desde los tiempos prehispánicos, hasta los indígenas contemporáneos como un vector decisivo en la configuración del pueblo venezolano; como sabemos ese asunto está mucho más amortiguado en Ortiz, además, el Dr. Acosta ya desde la década del 40 se nutría de fuentes plurales como las de Raimundo Nina Rodríguez, Arthur Ramos y Gilberto Freyre en Brasil; hubo mucho diálogo con el uruguayo Ildefonso Pereda Valdés, de igual manera con el mexicano Gonzalo Aguirre Beltrán, posteriormente, ese fecundo diálogo implicó al portorriqueño Luis M. Díaz Soler; ya en esta época de la tesis, incluye a estudiosos europeos como Roger Bastide; en tiempos de los *Cuadernos Afroamericanos* integró a José Luciano Franco, Julio Santana Braga y Fernando Winfield Capitaine. Finalmente, lo que pudiésemos llamar el último tramo de la vida del Dr. Acosta, emprendió una interrelación con nombres como Nina S. Friedman, Luis Millones, Max Portugal y Richard Price. Sólo estoy usando nombres resumen, muy a conciencia, que implican muchísimos más. Lo que pasa con Ortiz es que, primero, constituye un nexo notablemente desapercibido, y, segundo, la hegemonía del concepto de transculturación planteada con madurez en el *Contrapunteo*³², condujo a la cristalización de enfoques etno-históricos caribeños y latinoamericanos, donde convergieron análisis de procesos transculturativos; en este marco paradigmático, ciertamente, él no estaba entre los fundadores, como Ortiz, más bien generacionalmente fue un gran Benjamín. Es curioso que después de haberse consolidado internacionalmente como un estudioso del tema afroamerica-

³² Fernando Ortiz. *El Contrapunteo*.

no, de coordinar complejas comisiones de la UNESCO, de haber estado en misión académica en varios países africanos, de haber redactado un estudio enigmático sobre la danza de Sonia Sanoja (la danza es un lenguaje donde se leen [para quien sepa leerlos] hondos misterios y tiempos secretos); después de todo eso, en una fecha tardía como 1986, le indicaba a un grupo reducido de discípulos que el origen de las danzas puede ser étnicamente múltiple, y en una evocación, harto emblemática, porque pertenece al atardecer de su vida, dijo así: “...En 1948, Don Fernando Ortiz me señaló, en su viaje a Venezuela, que se habría de investigar el posible origen negro de esas danzas que bien pueden contener tanto elementos indígenas como africanos”³³.

Quisiera terminar este trabajo, tomando una reflexión de Emanuele Amodio en “El granero de los hechos perdidos”³⁴; según Amodio, el Dr. Acosta pensaba los acontecimientos históricos en función de la incidencia sobre la realidad, sobre la vida de cada pueblo; la historia sigue Amodio, carecería de los caracteres de un pasado muerto, a la inversa son en verdad: “...la base activa de la identidad contemporánea de un pueblo; un inacabable granero de hechos perdidos (...) del cual sacar el nutrimento para el presente”³⁵. Las implicaciones son obvias: Los pueblos deben apropiarse de su historia para acceder concientemente a la legítima escogencia de su destino histórico. También es obvio el papel del cientista social y del intelectual, en general, debe apoyar, con sus artes y oficios, el difícil tránsito del pueblo en adueñarse de su propio sendero.

Me parece que Amodio interpreta acertadamente las finalidades últimas del Dr. Acosta, en el sentido de para qué y para quién se trabaja. Desde aquella revista que publicaba en 1934 con Inocente Palacios, *La Gaceta de América*, hasta las palabras con que recibió el Premio Nacional de la Cultura Popular en 1987, todo lo que hizo en ese extenso itinerario intelectual fue mirando con cifradas esperanzas a un gran sujeto: El pueblo venezolano. Por eso decía en 1955: “... La primordial labor del venezolano es entender como se fusionan a cada paso, en cada hora de la historia, elementos de varias procedencias, para dar las fisonomías nacionales. La nuestra será cada vez más profunda, si incorporamos a sabiendas lo precedente de otras tierras, sobre el substratum histórico fundamental que nos legó la colonia. Así, Venezuela será, cada vez

³³ Miguel Acosta Saignes. *Las ideas de los esclavos negros en América*. Talleres Gráficos del Congreso de la República. Caracas.1986.

³⁴ Emanuele Amodio. *Historias de la antropología en Venezuela*. “El granero de los hechos perdidos. Aproximaciones a la obra historiográfica y antropológica de Miguel Acosta Saignes” (1994). Ediciones de la Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia. Maracaibo. Venezuela.1998.

³⁵ Emanuele Amodio. *Ob. cit.*

más Venezuela”³⁶. Páginas de fuerte sabor martiano que despiden un halo de confianza en las capacidades asimilativas del pueblo, así como en sus virtudes para detener la penetración foránea. Ese pueblo habría luchado desde su conformación primaria, desde su dolor, por la vida, la esperanza y la libertad y ha avanzado siempre, en su fusión; se mestizaron los seres humanos, el trabajo y la cultura; la historia y las ciencias sociales nos ayudarían a comprender el grandioso proceso de transculturación que ha originado al pueblo venezolano: “...corría allí el mismo proceso que se verificaba en todos los lugares del país, dentro de características variables, en condiciones diferentes, pero con semejanzas permanentes, indios y negros sometidos a españoles y criollos, iban formando el fundamento del futuro pueblo venezolano”³⁷.

³⁶ Miguel Acosta Saignes. *Estudios en antropología, sociología, historia y folklore*. pp 279-280.

³⁷ Miguel Acosta Saignes. *Vida de los esclavos negros en Venezuela*. pp.170.